

ESTAMPAS DE EL COBRE

Ramón Vicente Casanova

En el año de 1982 se cumplieron 422 del descubrimiento del Valle de San Bartolomé, un pintoresco paraje de la región tachirenses que brinda asiento al pueblo de El Cobre, pueblecito donde nacimos. Por esto, para nosotros es siempre agradable recordarlo, que allí llegamos al conocimiento, allí empezamos a tomar conciencia de nuestros actos y del acontecer social y en un querido rincón de la memoria conservamos rostros gratos, paisajes gratos y sucesos gratos también.

En ese rincón desfilan, a la hora de las remembranzas, las figuras amables de nuestra familia de Mesa de Aura, agricultora de vocación, que practicaba en sus heredades un sistema de trabajo gregario, base remota de la agricultura asociativa de nuestros días; y las recias y austeras de la de Venegara, guerrera por abolengo, que cambiaba la pala por el fusil cuando tenía que defender su bandera política. Y las traemos a cuento no para ensalzarlas, que no estaría bien de nuestra parte hacerlo, sino para revivir por su intermedio a El Cobre del ayer, valioso por agricultor y combatiente.

De pequeños, por cierto, tuvimos la suerte de contemplar los hoy desaparecidos sembrados de trigo y de admirar en las angostas vegas e inclinadas faldas de esta parte de la cordillera andina los rumorosos desplazamientos de sus flexibles cañas, que simulaban ondas acuosas y parecían remecer los cerros. Y si de suyo han sido bellos los campos de Mesa de Aura, El Palmar, Los Mirtos, Venegara, La Vega, Río Arriba y Angostura, más lo fueron cuando las doradas espigas cubrían sus barbechos. Entonces, todo era redondeces y armonía, las cumbres compartidas por la floresta y los tupidos plantíos.

° Profesor universitario nacido en El Cobre

Más a este paisaje que contribuían a colorear el maíz, la alverja y las sabanas, lo animaban, asimismo, formas de laboreo que por comunales reflejaban una clara influencia del colectivismo agrario español, entre ellas **la mano vuelta, la soltura y el convite**.

La primera se usaba para las faenas agrícolas, en las cuales eran bastante exigentes nuestros mayores. Ellos preparaban muy bien la tierra antes de sembrar, la rompían y removían con bueyes y a mano. Y

esta tarea y las subsiguientes, igualmente cuidadosas, las hacían en común. Si el rompimiento tenía lugar en el fundo de Eugenio Roa, por ejemplo, allá concurrían sus hermanos Francisco, Baldobino y Argimiro y los Arias y los Molina con sus yuntas y efectuaban la arada, sin devengar paga alguna. Pero ya quedaba Eugenio Roa comprometido para asistir con bueyes a los rompimientos de aquellos. Debía, pues, volverles el trabajo.

Ligada a la mano vuelta estaba la operación conocida con el nombre de soltura. Ocurría que durante el proceso de las cosechas de año (el frío de nuestros montes alargó siempre los ciclos biológicos), el ganado horro y los toretes y becerros se llevaban a los páramos para cultivar los potreros donde pastaban de ordinario. Arriba, desde luego, padecían hambre y frío, cortas y secas las gramíneas andinas. Pero recogida la cosecha (cortando el trigo, desprendidas las mazorcas y arrancadas las alverjas), los barbechos aparecían cubiertos de tréboles, borrajas y otras hierbas que brindaban ricos alimentos, y para que el amilnado ganado se hartara a sus anchas se aprotillaban las cercas y se le daba entrada libre a las fincas, sin atenerse a hierros o señales.

Y funcionaba, además, el convite, medio de cooperación que felicitaba la prestación de servicios entre los agricultores para la ejecución de trabajos especiales, como el acarreo de maderas, la construcción de viviendas y la reparación de caminos.

Tales los aspectos más resaltantes del mundo agrícola de la época que recordamos, doblemente acogedor y atrayente por su geografía física y humana. Sino que la obra de factores foráneos lo tornaba agresivo en ocasiones, en las cuales los portachuelos y las veredas y atajos de las lomas boscosas se cundían de montoneros, alzados en armas para defender la libertad o la vida. Y con los campesinos fuera se enastrojaban las siembras, se perdía el ganado y no pocas veces ardían las casas bajo el fuego de la inclemencia oficial. Nosotros conocíamos a muchos de esos rebeldes y los distinguimos con afecto por decididos, valientes y arriesgados. La larga persecución de que fueron víctimas los llevó a perder el amor a la vida y, consiguientemente, se la jugaron en las guerrillas, en los velorios y en las fiestas de bambucos, gallos y bolos. Se portaron como hombres duros, en verdad, y esta fama de dureza y no la de agricultor fue la que cobró el pueblo.

Una circunstancia particular del municipio, de índole geográfica, aumentó esta fama. Nos referimos a la de su ubicación. Es que El Cobre, su capital, se halla situado a la vera del páramo de El Zumbador. Si quisiéramos representarlo gráficamente nos bastaría con reproducir la espigada serranía. Y El Zumbador actuó en el pasado como encrucijada de importantes caminos. Su espinazo, en efecto, conducía los viajeros hacia distintas direcciones. Por su alto desfilaron conquistadores, libertadores, caudillos y revolucionarios. Por allí, precisamente, pasó Cipriano Castro y con él buena parte del Táchira. Pero allí mismo

otro jefe andino, el general Espíritu Santo Morales, cobrero de nacimiento y de familia, le presentó pelea. Lucharon en grande los dos comandantes, perdió el del pueblo y desde ese día aciago nuestros conterráneos, heridos por la derrota del nativo, se cuadraron bajo su enseña amarilla y recorrieron el páramo y sus empinadas vías muchas veces tras otro gran liberal, el general Juan Pablo Peñaloza, y utilizaron sus escarpados para guarecerse de la furia implacable del gomecismo. Justamente, por ocultarse entre los riscos se les llamó lagartijos, y también ruanudos por las cobijas que vestían contra el frío. Con todo, lagartijos o ruanudos, nuestros campesinos de las décadas iniciales del siglo escribieron una historia de varones que al presente nos honra a todos.

Este es el pueblo del ayer inmediato, el que nos precedió en el tiempo. Un pueblo trabajador y combativo, un pueblo de espíritu alegre, un pueblo orgulloso. Y si estiramos la cronología, en el fondo de la historia conseguimos ya sus huellas y cosas extraordinarias, de una de las cuales, huella y cosa integradas, vale la pena hablar en detalle o, al menos, intentarlo.

El 24 de agosto de 1558, el capitán Juan Rodríguez Suárez avistó el primero, desde un paso del páramo, este estrecho valle en que nos encontramos y, por ser ese día el consagrado a San Bartolomé, lo bautizó con el nombre del santo. En el valle tropezó con indios de la nación motilona, aguerrida e insumisa, y no se detuvo. Siguió hacia el confluente valle de humogría, asiento más tarde de la Grita, y tampoco paró y no vino a descansar hasta el pie de las sierras nevadas, en las vecindades de la nación timoto-cuica, donde radicó a Mérida. A nosotros no nos dejó sino el nombre y el camino.

Unos años después otro español, el capitán Francisco de Cáceres, congregó las primeras familias en la por él fundada villa de La Grita y con este poblamiento empezó la colonización de la región, no muy pacíficamente, porque sus naturales ofrecieron oposición, sobre todo los de nuestro valle, quienes sembraron de peligros el tránsito por él desde el mismo instante de la llegada de los peninsulares. Lucas Castillo Lara, sobresaliente biógrafo de la Grita, relata que en 1570 fue asaltado en la quebrada Pernía el traficante de ganados Pedro Villarroel, tan violentamente que apenas le sobrevivieron 2 de los 16 soldados de tropilla que le acompañaban. En esta como en anteriores oportunidades los personeros del gobierno imperial escarmentaron a los indios con expediciones punitivas, una de las cuales mató y pilló por más de 40 días, pero a pesar de los castigos éstos jamás renunciaron al hostigamiento. No en balde, con nuestros aborígenes convivieron los motilones por muchas lunas.

Hasta esta tribu llega nuestro viaje retrospectivo. De ella sabemos poco, ni siquiera si se aposentó de modo permanente en el valle, sólo que sus asentamiento matrices estaban al sur del Lago de Maracaibo y

que partidas suyas subían hasta aquí y hasta los cantones de La Grita y Bailadores en correrías ofensivas. Por ello, figura en nuestra ascendencia junto con representantes de otras naciones autóctonas que moraban en este cañón de las montañas occidentales.

Ojalá hubiera cómo sobrepasar el año del descubrimiento del valle para desentrañar algo de la precolonia, por demás significativo. Fue que en las vecindades de El Zumbador los colonizadores descubrieron unas minas de cobre en circunstancias realmente extrañas. El visitador real Diego Villanueva y Gibaja, quien vino en 1607, las situaba en la Loma del Viento y explicaba que el mineral se extraía en plancha "líquida, de 2 y 3 y 4 y hasta 12 arrobas, sin ningún género de mixtura de tierra, en forma de pedrera, con ... piedra azul en las partes cóncavas... menesterosa (útil) a los pintores... cosa de interés". Y que además de la riqueza del cobre las minas prometían mucha plata. Un fraile (Diego de Borjas), consultado al respecto por el rey de España, le anunciaba que el cobre salía fundido de la mina y tan suave y maleable que con él hacían vacijas los vecinos. Y el corregidor de Mérida enviado a verlas, capitán Juan Aguilar y Carrascosa, agregaba que la mina le había puesto en evidencia un volcán y con una riqueza tal que el cura y los feligreses de La Grita desfilaban en procesiones para dar gracias a Dios por el hallazgo. Tanto preocupó a las autoridades españolas la mina que ordenaron promover una justificación de testigos para acreditar su existencia y lo lograron. No hay duda de que la mina afloró y le puso nombre al poblado y tampoco de que se la explotó por poco tiempo y se agotó. Pero si surgen interrogantes sobre su naturaleza.

En verdad, cabe preguntar sobre la forma que adoptó el cobre en la mina, única en el mundo, y sobre la corta duración de un yacimiento que, según el visitador nombrado, medía en la superficie 9 leguas de largo por 1/2 de ancho. Tan sugestivas son estas cuestiones que Castillo Lara se atreve a suponer en su bien documentada obra (1), que pudo habernos antecedido una cultura avanzada de gentes que sabían fundir los metales y que esa cultura, sepultada por algún movimiento de suelos, se asomó a nuestra historia como consecuencia de otro fenómeno telúrico que resquebrajó la Loma del Viento y la embarrancó. Sea de ello lo que fuere, ahí está un rastro en el Barranco de la Mina, como le decimos nosotros, mudo atalaya de un pasado ignoto. Bueno sería que se le examinara para atisbar en la prehistoria de esa comunidad municipal. Por lo pronto, detengámonos a nivel de la acción de Juan Rodríguez Suárez en las vivencias del ayer y volvamos al presente, para ver qué contamos hoy, cómo anda este conglomerado.

Nuestros paisanos siguen siendo agricultores y siguen siendo duros, pero su agricultura y su dureza ostentan ahora otros valores. Viven el mismo paisaje, claro está, sólo que menguado que ya no

(1) "La Grita, una ciudad que grita su silencio", Caracas 1973.

embellece sus campos el trigo y el maíz y la alverja se agarran a suelos cansados, indefensos ante las aguas pluviales que los lavan periódicamente. y muchos barbechos cedieron su puesto a potreros y corrales para el ganado de leche, que se introdujo en la comarca. Apenas se han perfeccionado los cultivos de papa y de flores, mediante modernas técnicas y semillas mejoradas, más éstos no son cultivos de pobres, como son en una gran mayoría nuestros actuales labradores, y la ganadería de leche tal cual se la lleva, sin selección de razas y de pastos, no más reconstituye economías de subsistencia. Se cayó a una mala situación, sin duda, y se cerraron horizontes. Por esto, muchos de los nuestros se marcharon a otras partes y aldeas importantes otrora Mesa de Aura, Venegara y San Isidro yacen abandonadas, con escuálidos caseríos donde sólo se aguantan unos pocos agricultores que conservan su profesión más como un modo de vida que cual actividad lucrativa. Y por lo mismo, la cabecera del municipio ha confrontado un cambio de vecinos, las viejas familias emigradas y sustituidas por otras de procedencia rural.

Frente a este cuadro negativo, bien que las apariencias externas conforman otro halágueno, con amplios servicios públicos, carreteras asfaltadas y numerosas vías de penetración, acueductos y sistemas de riego y un paisaje siempre impresionante, fuerza es reclamar providencias que aseguran un cambio. A nosotros se nos antojan dos, planteamos así:

Una se relaciona con el turismo. El municipio cuenta en todo su término con sitios sumamente atractivos y un clima delicioso favorable a los temporadistas. Requiere sí la construcción de instalaciones apropiadas que faciliten su estada. En Los Mirtos; uno de los parajes más provechosos del país por su espontánea belleza, resultaría negocio bueno levantar un hotel de montaña para albergar visitantes. Esta obra, de éxito, inmediato, aconsejaría otras de su especie y proclamaría nuestras posibilidades en el ramo.

Y la otra atañe a la agricultura. Las siembras de flores y de papa y aún la misma ganadería pueden apuntalar el futuro de nuestro conglomerado, pero con nuevas formas organizativas. Porque urge acabar con el minifundismo, uno de los más graves problemas locales, ya que así como es difícil convertir a un desposeído en empresario con el mero hecho de adjudicarle un pedazo de tierra, como lo ha pretendido la reforma agraria, resulta tanto más arduo mantener en esta condición a los pequeños propietarios rurales. En estas alturas andinas no se ha hecho necesaria la redistribución de la tierra, que aquí nunca estuvo concentrada en pocas manos, pero si nuestros pegujaleros descienden de continuo a la pobreza, la reestructuración que procede es de naturaleza operacional, o sea una que lleve a integrar esas débiles economías campesinas en unidades productivas más o menos grandes, con recursos físicos y humanos suficientes que las habiliten para incrementar las inversiones, producir excedentes, salir a los mercados y

ENSAYO

obtener justos provechos. Creemos que ha llegado el tiempo de practicar una agricultura asociativa que conjugue propiedades y compromisos en empresas de explotación colectiva, capaces de utilizar intensamente servicios estatales como el crédito, la asistencia técnica y el mercado. A este propósito, no olvidemos que nuestros campesinos poseen condiciones humanas para labores de grupo, las mismas que revelaron con el trabajo de mano vuelta, con las solturas y con los convites.
